

PEREGRINANDO

a Mérida



PEREGRINANDO a

Mérida



Ayuntamiento
de Mérida



#meridenamora

MÉRIDA 2017

EDITA: Excmo. Ayuntamiento de Mérida

Coordina:

- Juan Antonio Rollán Gómez

Idea y textos:

- José María Álvarez Martínez

- José Luis Mosquera Müller

Cronistas Oficiales de la Ciudad

Colabora:

- Agustín Velázquez Jiménez

Fotografías:

- J. M. Romero "Mane"

Colaboraciones gráficas:

- Archivo Fotográfico del Consorcio Ciudad Monumental de Mérida

- Archivo Fotográfico del Museo Nacional de Arte Romano

- Rafael Luque Rojo

- Luis Zama

- Juan Carlos Conde

- Cofradía del Calvario

Agradecimientos:

- Párroco y Cabildo de la Concatedral de Santa María La Mayor

- Párroco de la Basílica de Santa Eulalia

- Asociación de la Virgen y Martir Santa Eulalia

- Consorcio Ciudad Monumental de Mérida

- Isaac Sastre de Diego

Maquetación e Impresión: Artés Gráficas Rejas

Depósito Legal: BA-706-2017

Todos los derechos reservados. Este libro no puede ser, totalmente o en parte, reproducido, memorizado en sistema de archivos, o transmitido en cualquier forma o medio electrónico, mecánico, fotocopiado o cualquier otro, sin la previa autorización de quien ostenta los derechos de autor, pudiendo incurrir en las correspondientes responsabilidades civiles y penales que prevé el artículo 270 y siguientes del Código Penal.

Índice

<i>Prólogo</i>	7
<i>Introducción y plano</i>	9
<i>Domus Ecclesiae</i>	10
<i>Mérida y Sta. Eulalia</i>	13
LAS PEREGRINACIONES AL SANTUARIO EULALIENSE.....	17
LA BASÍLICA DE SANTA EULALIA.....	20
LA CRIPTA DE LA BASÍLICA DE SANTA EULALIA.....	32
EL “HORNITO” DE SANTA EULALIA.....	36
EL HUMILLADERO.....	41
EL OBELISCO DE SANTA EULALIA.....	43
HOSPITAL PARA PEREGRINOS.....	45

<i>Mérida.</i> La obra de los creyentes.....	49
LA MÉRIDA CRISTIANA EN EL MUSEO NACIONAL DE ARTE ROMANO.....	50
LA SINAGOGA.....	53
CASA HERRERA.....	55
SANTA LUCÍA DEL TRAMPAL.....	57
CONCATEDRAL DE SANTA MARÍA LA MAYOR.....	59
CONVENTUAL SANTIAGUISTA (Presidencia Junta de Extremadura).....	72
ERMITA DE NUESTRA SEÑORA DE LA ANTIGUA.....	77
HOSPITAL DE JESÚS NAZARENO (Parador de Turismo).....	78
IGLESIA DEL CARMEN.....	82
HOSPITAL DE SAN JUAN DE DIOS (Asamblea de Extremadura).....	86
IGLESIA DE SANTA CLARA (Colección Visigoda del Museo Nacional de Arte Romano).....	89
CONVENTO DE LAS CONCEPCIONISTAS (“Las Encerradas”).....	93
ERMITA DEL CALVARIO.....	95
CONVENTO DE SANTO DOMINGO (o de San Andrés).....	97
CEMENTERIO MUNICIPAL.....	99
IMÁGENES DE LA SEMANA SANTA EN MÉRIDA.....	102

Prólogo

Sería cercenar una realidad histórica sumergirse como visitante en la monumentalidad de la antigua *Augusta Emerita*, vivir la plenitud de su arqueología, dejando de lado ese ángulo más desconocido para el turista presuroso: se trata de conocer *Emerita* como peregrino y visitar aquellos hitos que cimentaron la Iglesia más culta e influyente de la Hispania tardoantigua y del Reino Visigodo o de la Mérida Santiaguista.

A esta ciudad histórica se le computa el honor de ser fundada por Octavio Augusto, el hombre más poderoso de la antigüedad, como Colonia de legionarios veteranos y también el de ser espejo de la metrópoli en la provincia más occidental del Imperio Romano; o haber sido especialmente favorecida no sólo por sus magistrados y gobernadores provinciales, también por los patronos de la familia imperial, desde Agrippa hasta los próceres de época constantiniana, además de convertirse en capital de toda Hispania en el siglo IV; sin embargo, no haríamos justicia a la verdadera trascendencia que tuvo esta ciudad en los albores del medioevo, cuando el mundo clásico parecía descomponerse como un terrón de azúcar y, sin embargo, *Emerita* mantuvo el esplendor de la antigua Roma a través de su comunidad cristiana.

Los devotos de la Península, la Galia Franca y el Norte de África peregrinaban a *Emerita* para rezar y manifestar su fervor a los mártires emeritenses y, en especial, a Eulalia. Y así como Toledo concentró en su seno el poder político con los visigodos, el obispado de *Emerita* se consolidó como el custodio del primer lugar santo hispano y Eulalia la primera patrona de unos embrionarios reinos cristianos, hasta que Santiago de Compostela le tomó el relevo.

Fueron precisamente los prelados compostelanos y los maestros santiaguistas quienes, tras la reconquista de la ciudad, evitaron el retorno al pasado al no restituir la sede episcopal y, de paso, las antiguas vías de peregrinaje a la basílica martirial pero, sin embargo, permitieron y alentaron la devoción de los emeritenses a su Mártir.

Esta guía complementa la visita a la ciudad romana, pero requiere del lector que deje a un lado los modos del turista y tome los hábitos del peregrino para adentrarse en otra ciudad, la Mérida cristiana, surgida de las cenizas de aquella Colonia Imperial que la precedió.

¡Buen camino!

Ermita Santa Lucía del Trampal (34 km.)

ITINERARIO I ●●●●●
DE LOS ORÍGENES AL CONJUNTO MARTIRIAL DE SANTA EULALIA

ITINERARIO II ●●●●●
LA CRISTIANIZACIÓN DE LA CIUDAD ROMANA

ITINERARIO III ●●●●●
LA MONUMENTALIDAD DE LA MÉRIDA CRISTIANA



3. Hornito Santa Eulalia

Iglesia del Carmen



3. Parador Nacional de Turismo



Ermita del Calvario

2. Santa Clara

Convento de las Concepcionistas

Puerta de la Villa



1. Sala Decumanus



3. Templo de Diana

Hospital San Juan de Dios

Plaza de España

Conventual Santiaguista



1. Concatedral Santa María

4. Moreria



2. Alcazaba

Convento de Santo Domingo

1. Puente romano



Rutas Arqueológicas por la Mérida Cristiana

Cementerio Municipal

Basilica
tardorromana
de Casa Herrera
(6 km.)



4. Basilica de Santa Eulalia

5

5. Xenodochium

2. Obelisco Mártir
Santa Eulalia

Ernita Ntra. Sra.
de la Antigua

Museo Nacional de
Arte Romano

Teatro/Anfiteatro Romano



0 100 m

“Mérida:....
Hoy sigo junto a ti,
cruzando en el crepúsculo
la tierra que me aguarda,
arresolado en el fulgor del mármol
bajo un vuelo entrañable de cigüeñas
que salmodian la sangre evanescente.”

R. Rufino Félix Morillón

La urbe de los dioses paganos pasó a ser la ciudad de Dios sin renunciar, hasta la llegada de Muza en el 713, a su esencia romana. Mérida, como toda metrópoli antigua, ha atendido a las necesidades de los vivos y de sus muertos. Por eso, no podemos pasear por esta ciudad sin acercarnos a su Patrimonio Religioso. Por esa tradición piadosa, Mérida, como Roma, nació para ser eterna. No tanto por el poder de sus mandatarios, sino por la Fe de los creyentes de cualquiera de las Religiones del Libro y, de manera muy especial, de la Iglesia Católica y de una de sus mártires, Eulalia. Este libro es un peregrinaje cultural (o devocional) a la Mérida religiosa, a los edificios y ruinas fruto de la *pietas* milenaria, algo que el visitante no debe perderse para entender algunas de las claves más profundas de España.

Domus Ecclesiae

Es la arqueología quien nos viene a confirmar la existencia, bien avanzado el siglo III, de comunidades cristianas en *Augusta Emerita*. El hallazgo de un Crismón pintado, en uno de los lados de un aljibe, en una vivienda romana intramuros, cercana a la puerta oriental de la Colonia, parece invitar a que nos hallemos ante una *Domus Ecclesiae*. Un lugar de culto doméstico donde el propietario, su familia y otros allegados afirmarían su fe al Redentor de manera íntima, cuando no clandestina. También las fuentes documentales atestiguan la importancia de la iglesia local y de sus obispos. Concretamente en una carta dirigida hacia el año 254 por San Cipriano, Obispo de Cartago y uno de los padres latinos de la Iglesia, al presbítero Félix y a los fieles de *Legio VII* (León) y *Asturica Augusta* (Astorga) así como al diácono Elio y los feligreses de *Emerita*. En ella aconseja a esas feligresías acerca de qué actitud tomar ante los obispos de sus sedes, Basílides y Marcial, quienes repudiaron su condición de cristianos para salvar sus vidas durante la persecución de Decio.

En la cripta del Museo Nacional de Arte Romano se encuentran vestigios de varias viviendas romanas construidas fuera de las murallas de la ciudad. Una de ellas, la que se encuentra en el lado más oriental del recinto, pudo contener otra pequeña iglesia doméstica. Esta hipótesis la barajó el primer director de este Museo, Don José Álvarez y Sáenz de Buruaga. Las razones hay que buscarlas en algunos detalles arquitectónicos pero, sobre todo, porque en esa zona apareció un fragmento de pila (*labrum*).



Mérida

y

SANTA EULALIA



No se puede entender a Mérida sin considerar a su patrona y su culto. A ella, a esa niña que ofreció un testimonio de fe, cuya fama inundó el solar de la parte occidental del Imperio, han acudido en todo momento los emeritenses, en las alegrías y en las tristezas, para agradecer favores concedidos o implorar remedio a los males que aquejaban a la urbe. Los anales emeritenses están repletos de pruebas que denotan la acendrada piedad de nuestros mayores.

Si hubiéramos de reseñar el dato palmario, ineludible, diríamos, como expresó en su día el Dr. Camacho Macías, que Eulalia y Mérida cubren una misma carrera a lo largo de la Historia; y donde está una aparece la otra, en estrecha correlación de devociones y patronazgos. Así, desde los viejos tiempos.

El impacto que su martirio supuso para la comunidad cristiana emeritense está fuera de dudas, pues, según la tradición recogida por Prudencio, llegó a remover las conciencias de una sociedad entonces un tanto dubitativa y temerosa.

En torno al mausoleo se desarrolló un culto nunca interrumpido, a pesar de las convulsiones que afectaron a la ciudad con motivo de las invasiones bárbaras. Este es al menos el testimonio ofrecido por Grego-

rio de Tours, por Hidacio, Fructuoso de Braga, Venancio Fortunato, Isidoro de Sevilla y las Pasiones del siglo X (Códices de San Pedro de Cardena y de Silos).

La vida religiosa emeritense en época visigoda, probablemente la más brillante de su historia, basculó siempre en torno a la egregia figura de Eulalia y los testimonios de su pujante culto abundan. Durante ese tiempo el obispo Fidel se encargó del engrandecimiento de su templo, convirtiéndolo en una basílica con sus torres.

Tras la Reconquista de la ciudad, sucedida en 1230, se reedificó la basílica, que prácticamente abarcaba el espacio de la anterior visigoda y se potenció el culto. Por iniciativa de acendrados devotos como fue, al parecer, el caso del Maestre de Santiago, Pelai Pérez Correa, se creó, con el fin de impulsar su culto, la Cofradía de Santa Eulalia, hoy Asociación de la Virgen y Mártir Santa Eulalia

La devoción a la santa emeritense se desarrolló, como es sabido, por amplias regiones del solar del antiguo Imperio Romano de Occidente con testimonios bien conocidos en Italia o Francia, donde uno de los documentos más antiguos en lengua francesa estuvo dedicado a su glorificación.

Grabado del siglo XVIII con los lugares eulalienses.





El siglo XVII fue el que contempló las mayores muestras de fervor por Santa Eulalia. Mérida vivía entonces unos momentos de cierta bonanza económica, lo que propició el engrandecimiento de los lugares eulalienses con la reconstrucción del Hornito, oratorio emblemático de la ciudad, la erección de un Humilladero y un Monumento en forma de pirámide u obelisco formado por relevantes piezas romanas y coronado con la imagen de la Santa.

Los actos de la festividad de la Patrona emeritense ya estaban perfectamente establecidos en el siglo XVII, con sus tradiciones y procesiones, tanto la de la víspera como la del propio día grande, sin cambios hasta la actualidad.

En los albores del siglo XIX los lugares eulalienses ofrecían un paisaje bien definido por el citado Obelisco, la Basílica y el Hornito como podemos apreciar en una lámina de Laborde. En este tiempo, pero ya a sus finales, la devoción por Santa Eulalia se vio acrecentada por la reorganización de la Cofradía o Asociación, que había languidecido en las anteriores centurias.

Varios miembros de la realeza española vinieron a postrarse a las plantas de la patrona en el curso de sus visitas a la ciudad.

En 2004, con motivo del XVII Centenario de su martirio, el dies natalis de Eulalia, la Asociación de la Virgen y Mártir Santa Eulalia organizó diversos actos entre los que destacaron un Congreso Internacional sobre la proyección de su figura histórica y la difusión del culto eulaliense a lo largo de los siglos y la erección de un monumento con la efigie de la Mártir en mármol de Carrara, obra del reconocido escultor emeritense Eduardo Zancada, en el umbral de los lugares eulalienses.

LAS PEREGRINACIONES AL SANTUARIO EULALIENSE

Buona pulcella fut Eulalia,
Bel auret corps, bellezour anima.
Voldrent la veintre li Deo inimi,
Voldrent la faire ñiaule servir.

Versos extractados de la *Cantinela de Sta. Eulalia*.
Anónimo. S. IX

La extensión de la fama de Santa Eulalia dio origen a numerosas peregrinaciones de las que nos dan cuenta diversas fuentes y que, a lo que parece, concluirían en el período árabe casi de una manera definitiva a escala internacional, pues ya no alcanzarían la importancia de antaño a raíz de la toma de la ciudad por los ejércitos de Alfonso IX en 1230, al reducirse a un ámbito estrictamente comarcal.

No contamos con datos fidedignos para fijar el inicio de estas peregrinaciones, pero por lo que refiere en su *Peristephanon* el poeta Prudencio, éstas ya serían importantes en su época y su comienzo no sería descabellado fijarlo a raíz de su martirio, lo que motivó la construcción del *martyrium* descrito por el calagurritano.

Con posterioridad, con las invasiones de los pueblos bárbaros, esas peregrinaciones hubieron de decaer, para surgir de nuevo con fuerza en el período de la dominación visigoda, uno de los momentos más relevantes de la devoción eulaliense en el curso de los siglos, aunque no sin sobresaltos por la virulenta disputa por el control de la religiosidad ciudadana de arrianos y católicos, solucionada por el carismático arzobispo Masona.

Probablemente, pues realizó una larga peregrinación por toda la Península, uno de sus más significados devotos fue Gregorio de Tours, quien en su *De gloria martyrum* refiere la importancia del culto eulaliense y un





prodigio que se sucedía en los días de su festividad, en pleno invierno: la floración de unos árboles en el recinto eulaliense, signo de buen año para los devotos emeritenses.

Los testimonios del auge de su culto lo refieren autores tan cualificados como Hidacio, Fructuoso de Braga, Venancio Fortunato y el propio Isidoro de Sevilla.

Las peregrinaciones partían de diversos lugares como África, de donde llegó el abad Nancto para postrarse a los pies de la Mártir y alojarse en su cenobio con los monjes del monasterio de Santa Eulalia.

Imaginamos numerosas peregrinaciones de toda la parte meridional de Europa, no constatadas documentalmente, pero sí a través de diversos documentos devocionales como la muy conocida *Séquence de Sainte Eulalie* o *Cantilena de Santa Eulalia*, evocación poética y litúrgica de fines del siglo IX, por cierto, primer texto en lengua vulgar, procedente de la Abadía francesa de Saint-Amand y hoy en la Biblioteca de Valenciennes.

Ahora, con el auge que ha tomado la denominada “Vía de la Plata” y el Camino Mozárabe a Santiago de Compostela es el momento, como ya han sugerido ciertos colectivos ciudadanos, de que se potencien y propicien esas peregrinaciones y que la visita a su Basílica, en cuyo *martyrium* arde una llama perenne, sea un jalón bien significativo en esa ruta espiritual. Las peregrinaciones se suceden según testimonios de nuestros sacerdotes, pero pasan desapercibidas y sin organización. El santuario de Santa Eulalia en Totana nos debe servir de ejemplo.

Peregrinos devotos de Sta. Eulalia.

LA BASÍLICA DE SANTA EULALIA

El lugar donde padeció martirio Santa Eulalia no podemos determinarlo con exactitud, pero la tradición señala a la Basílica y su Hornito como el escenario donde ocurrieron los hechos; allí sería azotada como reza la inscripción labrada en la base del Humilladero y en el Hornito padeció el último tormento.

Su Memoria se conservó desde el primer momento en esos lugares y así sus devotos levantaron un monumento funerario donde depositaron sus reliquias, un *martyrium* en verdad suntuoso como se colige de la descripción ofrecida por su panegirista Aurelio Prudencio y donde los emeritenses a la raya de su festividad, en el frío y nebuloso diciembre, contemplaban un prodigio, la floración de unos árboles que suponía, si se producía, un anuncio de la felicidad que iba vivir la urbe durante el año venidero, según testimonio de Gregorio de Tours.

Las ruinas del *martyrium* eulaliense pudieron ser determinadas en el curso de las excavaciones practicadas a comienzo de la década de los noventa del pasado siglo y su restitución virtual la ofrece el Centro de Interpretación de la Basílica.

El auge del culto a Santa Eulalia determinó que en el período visigodo, en un momento de esplendor como lo fue el vivido por la ciudad durante el pontificado de Fidel, se levantara una basílica, de grandes proporciones, prácticamente las de la actual, con sus torres, hecho bien ponderado en su tiempo por su monumentalidad y de la que han permanecido restos significativos, ábsides principalmente en su cabecera, enmascarados en la fábrica construida sobre las ruinas del edificio visigodo a raíz de la reconquista de la ciudad. De ello nos dan cuenta *“La vidas de los Santos Padres de Mérida”*, obra escrita por Paulo Diácono en los comedios del siglo séptimo.

Fachada de la Basílica de Sta. Eulalia y detalle de la puerta tardorrománica.





MEMORIA
Templo - Iglesia de Santa Evlita
Basilica de Santa Evlita





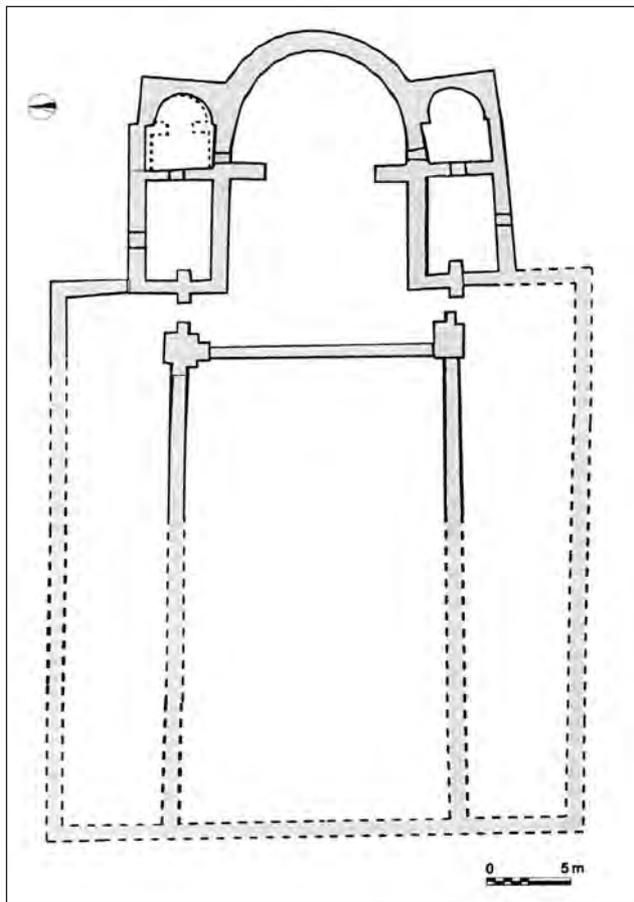
*Vista general de la
Basílica desde el coro.*



*Imagen de Eulalia con
el hornito y la palma
martirial. S. XIX.*

En torno a la Basílica se desarrolló una buena parte de la religiosidad emeritense de ese tiempo con sus reuniones, retiros de sus prelados, peregrinaciones y formación de religiosos en el contiguo monasterio. Fue Santa Eulalia protagonista de las luchas sostenidas entre católicos y arrianos, pretendiendo estos últimos apropiarse del culto eulaliense, bien enraizado en la comunidad católica.

La dominación árabe, aunque al principio respetó las prácticas religiosas de los cristianos emeritenses, al final fue funesta para la ciudad pues la sumió en la decadencia y ello propició, si no el abandono de los edificios religiosos, sí su deterioro.



Planta de la basílica visigoda de Sta. Eulalia.

Inmediatamente tras la Reconquista la iglesia fue reconstruida aprovechándose, en parte, la estructura de la basílica de Fidel, en estilo románico final como denotan tanto sus portadas como su estructura interior y bóvedas.

Con el tiempo, la basílica contempló una serie de reformas, sobre todo en el siglo XVI que enfatizaron su monumentalidad y su carácter de lugar elegido, desde el tiempo de los Padres Emeritenses, por las familias próceres de la ciudad para ubicación de sus panteones funerarios y sus capillas privadas. Otras reformas, aunque de menor importancia, se dieron en los siglos XVIII y XIX y la más reciente, en 1990, con motivo de las obras su pavimentación que dieron paso a las excavaciones y a la apertura de una cripta que permite admirar las estructuras y materiales hallados en esos trabajos.

Es una construcción de planta basilical, con sus tres naves sin crucero señalado en planta y tres ábsides en su cabecera, de planta semicircular en el interior y rectangular en el exterior. Sus dimensiones alcanzan una longitud de 43 m y una anchura de 19 m. Está construida en bloques graníticos claramente aprovechados de antiguas construcciones como algunos de los capiteles que coronan las pilastras que sustentan su techumbre.



Basílica de Sta. Eulalia. Capilla funeraria de la familia Mejía. S. XVI.

Existió una capilla, a manera de cripta, propiedad de la familia de los Messía, dedicada a San Martín, cuya representación tradicional, a la par que la del Nazareno camino del Calvario y las de Santa Ana y San Juan, figuran en las paredes del recinto. Son obra de un taller del siglo XVI. Otra, en el lado del Evangelio, propiedad de la familia Maldonado y levantada, a lo que parece, en el siglo XVI. También, otras dos capillas ocupan el testero de sus naves laterales, la del actual sagrario, que fue propiedad del Conde de la Roca como atestigua su escudo nobiliario situado sobre el acceso a la misma con la leyenda *Veritas vincit* y en el otro extremo otra lindando con la sacristía.

Unas pilastras de granito dibujan su estructura basilical. Las cuatro centrales son románicas, de planta cruciforme y otras circulares con cuatro columnas adosadas. Las coronan algunos capiteles de época visigoda, sin duda empleados en la primera basílica y otros del tiempo de la reedificación (siglo XIII). Los arcos que se desarrollan a partir de los capiteles son, de acuerdo con el estilo de su época, ligeramente apuntados.

La cubierta era de madera, pero con bóvedas de fábrica nervadas y de cañón. En el crucero se establece la crucería sencilla y, en el centro, la nervadura estrellada. Los dos tramos restantes de la nave central presentan una cobertura de alfarjes moriscos de forma ochavada, aunque sólo es original el correspondiente al tramo final, una excelente muestra de la carpintería de estilo morisco, del siglo XVI. Los tramos de las naves laterales se cubren en madera con decoración de casetones. Es una disposición moderna, de 1943, que sustituyó a la antigua. La cubierta de los ábsides como la de las capillas ofrece bóvedas de cañón o crucería.

El inicio del ábside principal lo marca una imponente arcada ojival adovelada, pero sin la clave marcada debido quizá a una restauración, sustentada por columnas rematadas por capiteles romanos y visigodos. Sobre ella una interesante ventana geminada de estilo románico con arquillos que se inscriben en un arco de medio punto abocinado con arquivoltas y baquetones.

El coro comprendía dos alturas, la superior para uso de las monjas del anejo convento de las Freylas de Santiago y la inferior, suprimida en las obras de los años noventa del pasado siglo. A izquierda del antiguo coro bajo, una capilla está ocupada por el baptisterio.

La basílica es un edificio exento, aunque ligado al referido convento de las Freylas en su testero, con una puerta románica que fue cegada con el fin de propiciar el aislamiento de las religiosas. En su cabecera contaba con la casa rectoral, hoy ocupada por la sacristía, despacho, sala de reuniones, cripta con capilla y por el Centro de Interpretación de la Cripta.



Basílica de Sta. Eulalia. Artesonado mudéjar. S. XVI.



Un atrio da acceso a la fachada principal de la iglesia, al que se abren dos puertas de las cuales destaca la románica, del siglo XIII, encuadrada por dos pilastras adosadas sin tejeroz con canecillos que se repiten a lo largo de la fachada y un vano abocinado con arco de herradura. La otra portada es posterior, del siglo XVI, en estilo isabelino, con arco trilobulado, flanqueado por finas pilastras que se rematan en capiteles con decoración vegetal.

En cuanto a la torre, ofrece una planta rectangular, con tres cuerpos, siendo el primero el más antiguo en tanto que el segundo y el tercero sufrieron modificaciones en el siglo XIX.

Este templo, por su monumentalidad y valor artístico, fue declarado Monumento Nacional en 1913, lo que fue refrendado en 1923.

En el interior de la iglesia se puede apreciar una buena imaginería de la que destaca la muy venerada por los emeritenses de Jesús Nazareno que, procedente del extinguido Convento de Jesús, hoy Parador Nacional, es titular de la Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno, Santísimo Cristo de los Remedios y Nuestra Señora del Mayor Dolor, establecida en la Basílica. Es obra de gran calidad artística

Ventana románica del ábside.



*Imagen de Ntro. Padre Jesús Nazareno.
Luis Salvador Camona. S. XVIII.*

y su autoría hay que adscribirla al gran escultor vallisoletano de Nava del Rey, Luis Salvador Carmona.

A la misma Cofradía pertenece la magnífica talla del Santísimo Cristo de los Remedios en la Cruz, al parecer del siglo XVIII, la monumental escultura del Resucitado, obra del prestigioso escultor emeritense Eduardo Zancada y la imagen de la Virgen de Mayor Dolor, salida de las manos del escultor sevillano Echegoyan.

A la Cofradía Ferroviaria del Descendimiento y Nuestra Señora de la Esperanza corresponden el misterio del Descendimiento de la Cruz, con una excelente talla del Cristo, Nuestra Señora de las Angustias y Nuestra Señora de la Esperanza, obras todas ellas del imaginero extremeño Blanco Pajares, discípulo de Castillo Lastrucci, que se estableció en Castilleja de la Cuesta (Sevilla).

A destacar el magnífico trabajo relivario del púlpito de la iglesia, en mármol portugués, de forma exagonal, con la leyenda *Nos autem praedicamus Christum Crucifixum*, que contiene la representación en sus cuatro listones las imágenes de los mártires emeritenses, copatronos de la ciudad: San Serván y San Germán y las de Santiago Apóstol y Santa Eulalia. Es obra de autor desconocido de finales del XVI.

La imagen de culto, que ocupa una hornacina abierta en el ábside central de la





Basílica, es una figura devocional del siglo XIX, vestida con túnica, que porta en sus manos los símbolos de su martirio, la palma y el hornito. Se accede a ella desde su camarín.



Basílica de Sta. Eulalia. Púlpito.

Detalle con representación de Sta. Eulalia.

LA CRIPTA DE LA BASÍLICA DE SANTA EULALIA

Con motivo de ciertas reformas y de la sustitución del pavimento de la iglesia a comienzos de los años noventa del pasado siglo se efectuaron excavaciones en el subsuelo de la iglesia que arrojaron resultados del mayor interés.

En una primera fase el espacio fue ocupado por una *domus suburbana* del siglo I d.C., con reformas posteriores, dotada de una instalación hidráulica de la que se pueden observar restos de piletas, aljibes y pavimentos de terrazo hidráulico.

Con posterioridad, ya en época cristiana (siglos IV-V d.C.) el lugar, donde la tradición refiere que tuvo lugar el martirio de Santa Eulalia, se convirtió en lo que puede ser considerado como el Cementerio mayor de la ciudad, pues todos los cristianos anhelaron que sus restos reposaran junto a las tumbas de los mártires, en especial la de la Santa. Se levantaron suntuosos mausoleos con decoraciones musivas algunos de ellos, la cripta destinada a los enterramientos de los obispos, junto a lo que se supone fue el edificio martirial dedicado a la memoria de Eulalia.

Del mismo modo pueden observarse los cimientos de la gran basílica proyectada y construida en tiempos del metropolitano Fidel.

Se conservan, además, restos de otros mausoleos y lápidas de difuntos, entre ellos Eleuterio, el archidiácono que precedió en su muerte al arzobispo Masona, referido en la obra de Paulo Diácono “*Vidas de los Santos Padres Emeritenses*”.



Basílica de Sta. Eulalia. Mausoleo de la Mártir.



Algunos elementos arquitectónicos romanos y enterramientos de la Edad Moderna completan este interesante conjunto.



Detalles de la Cripta de Sta. Eulalia.



El visitante tiene oportunidad de comprender mejor lo que presenta la Cripta gracias a un ilustrativo Centro de Interpretación, antesala de su visita, que contiene textos didácticos, maquetas de los edificios que allí existieron y piezas halladas en el curso de las excavaciones.



EL “HORNITO” DE SANTA EULALIA

Si se pregunta a un emeritense cuál es el lugar más emblemático de la ciudad para sus naturales, no nos equivocariamos si ciframos la casi totalidad de las respuestas a favor del denominado “Hornito” de Santa Eulalia, donde los emeritenses se postran, a cada hora del día y de la noche, ante su Patrona en sus rogativas para solicitar favores o agradecer los que se les conceden.

La necesidad de contar con un oratorio cuando la Basílica estaba cerrada fue la que movió a los emeritenses a establecerlo en el lugar donde la tradición situaba el episodio final del Martirio de la Santa Niña. ¿Cuándo se realizó el referido oratorio; qué forma tenía en sus inicios? son interrogantes a los que es difícil responder con solvencia por falta de documentos, pero sospechamos que pudo realizarse a raíz de la Reconquista de la Ciudad, acaecida en 1230.

A lo que parece, a finales del Siglo XV el “Hornito” no presentaba un buen aspecto y su estado era casi de ruina. Por ello, se ordenó la reconstrucción de la capilla *“en memoria de que en ella estaba el Horno en que la Señora Santa Olalla fue metida”*. Era una suerte de portal de mampostería, a dos aguas, con un arco que definía la entrada de la capilla y con tejado ya en forma de horno.

Así las cosas, llegamos a comienzos del siglo XVII, precisamente uno de los momentos más álgidos del fervor eulaliense, cuando la ciudad promueve una importante iniciativa: la reconstrucción del llamado “Hornito” y la erección de un Humilladero.

En 1.612 el maestro Fernando de Contreras presentó el proyecto. Costó la obra 510 ducados, pero incluyendo el empedrado. Se pagó, como lo expresa una inscripción, con limosnas de la ciudad y de su jurisdicción.

La obra se compone de unas columnas, en realidad una seccionada en dos mitades y cuatro antas o pilastras, en realidad dos, que sustentan una arquitectura arquitrabada. Las columnas se rematan en capiteles. El arquitrabe es una amplia faja de mármol blanco, lisa, que continúa a lo largo de los tres lados del pórtico. Queda dividido el arquitrabe en tres zonas superpuestas, el plano inferior o soffito con los conocidos relieves. A continuación, un friso, no completo, formado por motivos vegetales y cabezas de Medusa, hojas de acanto y palmetas. En el frente principal la inscripción: MARTI SACRUM\ VETTILLA PACULI (Consagrado a



Basílica de Sta. Eulalia. El Hornito.



Marte por Vetilla, mujer de Páculo). Bajo la inscripción pagana se lee: IAM NON MARTI SED IESU CHRISTO D.OP.M. EIUSQ SPONSAE EULALIA VR MR DE NUO CONSECRATUM. Es decir: “Ya no a Marte, sino a Jesucristo, Dios Omnipotente Máximo y a su esposa Eulalia, Virgen y Mártir de nuevo fue consagrado”

El monumento se ve coronado por seis pináculos en forma de bolas, conforme al gusto herreriano y un frontispicio en el que dentro de un recuadro se lee la siguiente inscripción: *“Año de Cristo de 1.612. La ciudad de Mérida, con sus limosnas y de su jurisdicción, reedificó este Hornito, que es el propio sitio en que fue martirizada la virgen Santa Olalla, patrona y natural de ella, siendo gobernador D. Luis Manrique de Lara, Caballero del hábito de Santiago”.*

La imagen de culto que se venera en su interior es moderna.

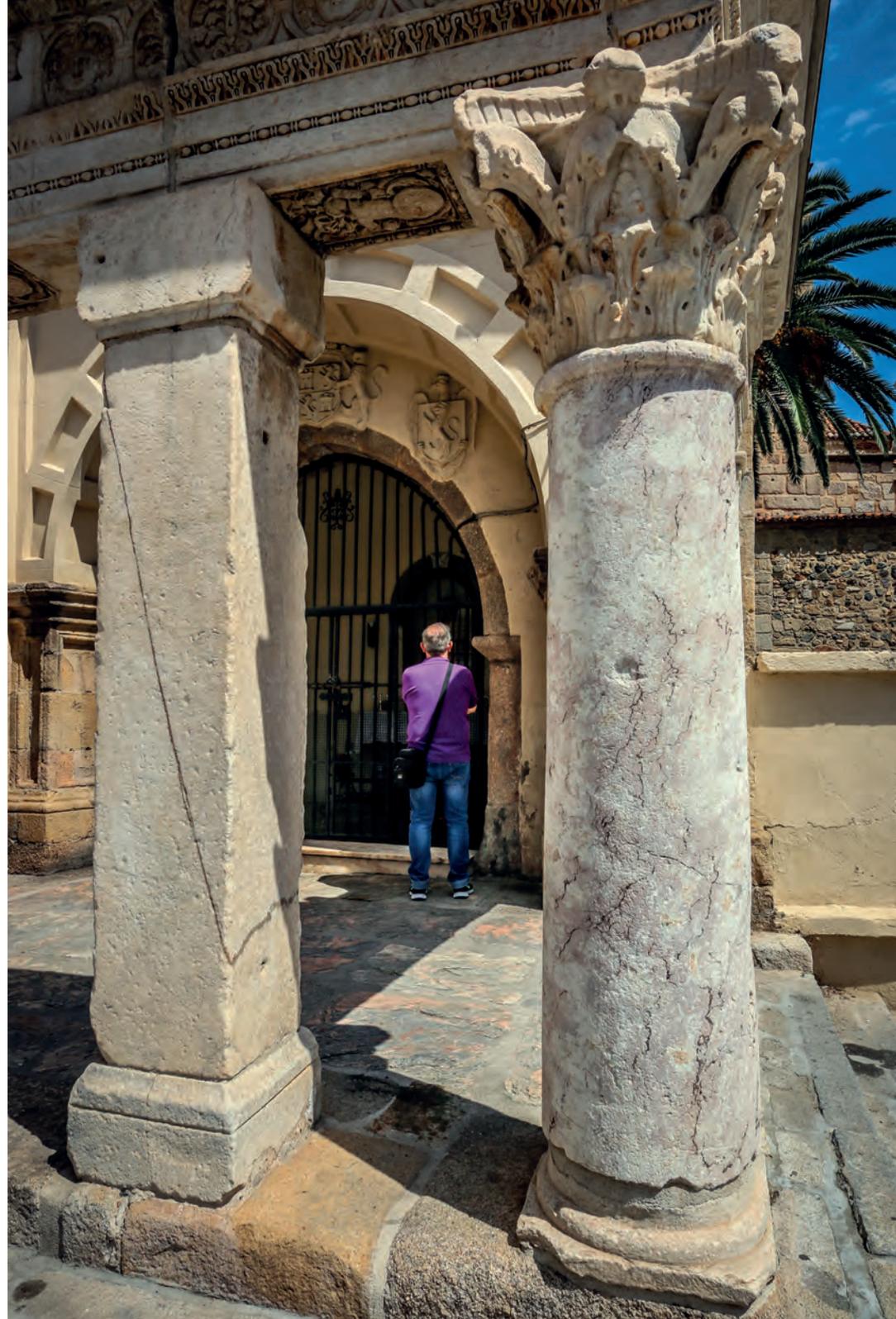
Los escudos que figuran en el frente y en las enjutas del arco de la Capilla corresponden al monarca, Felipe IV, el del centro, el del gobernador, a la sazón D. Francisco de Medina y Sotomayor, reconocido benefactor de los

El Hornito. Detalle de la inscripción votiva a Marte.

lugares eulalienses, a la derecha y a la izquierda el de la ciudad: la puerta del antiguo recinto amurallado. Todos se colocaron hacia 1662.

Pero lo más importante de la construcción son sin duda los sofitos con representación de armas alusivas a la divinidad romana a la que se dedicó el edificio, Marte. El interés de la completa panoplia guerrera representada como la exquisitez de su labra llamó poderosamente la atención de eruditos, viajeros e historiadores locales en los pasados siglos, cuyas referencias han sido numerosas, al igual que las ilustraciones realizadas. La temática de esta panoplia relivaria es similar a otros ejemplos conservados del mundo romano, entre ellos los relieves del *armilustrium* del Aventino, hoy en la Galería florentina de los Uffizzi.

La dedicante de este *armilustrium* (edificio destinado a la purificación de las armas), que se llamaba Domitia Vettilla, era de familia senatorial de mediados del siglo II d.C. y esposa de un ilustre dirigente romano, Roscius Paculus. Ella hizo la dedicatoria de este pórtico que se ubicó en un templo dedicado al dios guerrero Marte.



El Hornito. Detalle de las pilastras y columnas.



El Hornito.

EL HUMILLADERO

El proyecto de remodelación de los lugares eulalienses del siglo XVII se completó con la erección de un Humilladero en el lugar donde la tradición situaba una columna en la que fue azotada la Mártir. Se levantó, asimismo, en el comienzo del Camino Real a Madrid para que sirviera de lugar de oración a los viajeros.

Está compuesto por los siguientes elementos:

- Pavimento con encintado o bordillo que parece fruto de una remodelación posterior.
- Breves gradas de granito.
- Prisma de mármol decorado con rombos en sus cuatro caras.
- Una inscripción sobre pieza moldurada, de origen romano y
- Fuste rematado por una cruz que ahora falta.

El epígrafe dice así: *“La ciudad de Mérida mandó hacer este santo humilladero con las limosnas della i de su jurisdicción por ser tradición verdadera que la virgen Santa Olalla fue açotada en una coluna que en este siglo fue conocido, siendo gobernador D. Luis Manrique de Lara. Año de 1.612”*.





Alex. Laborde del.

Berthault sculp.

Vista de la ERMITA y de la ESTATUA de S^{ta} EULALIA en MERIDA.

Vue de L'HERMITAGE et de la STATUE de S^{te} EULALIE à MÉRIDA

View of the HERMITAGE and STATUE of S^t EULALIA at MERIDA.

Obelisco de Sta. Eulalia. Grabado de A. Laborde. S. XIX.

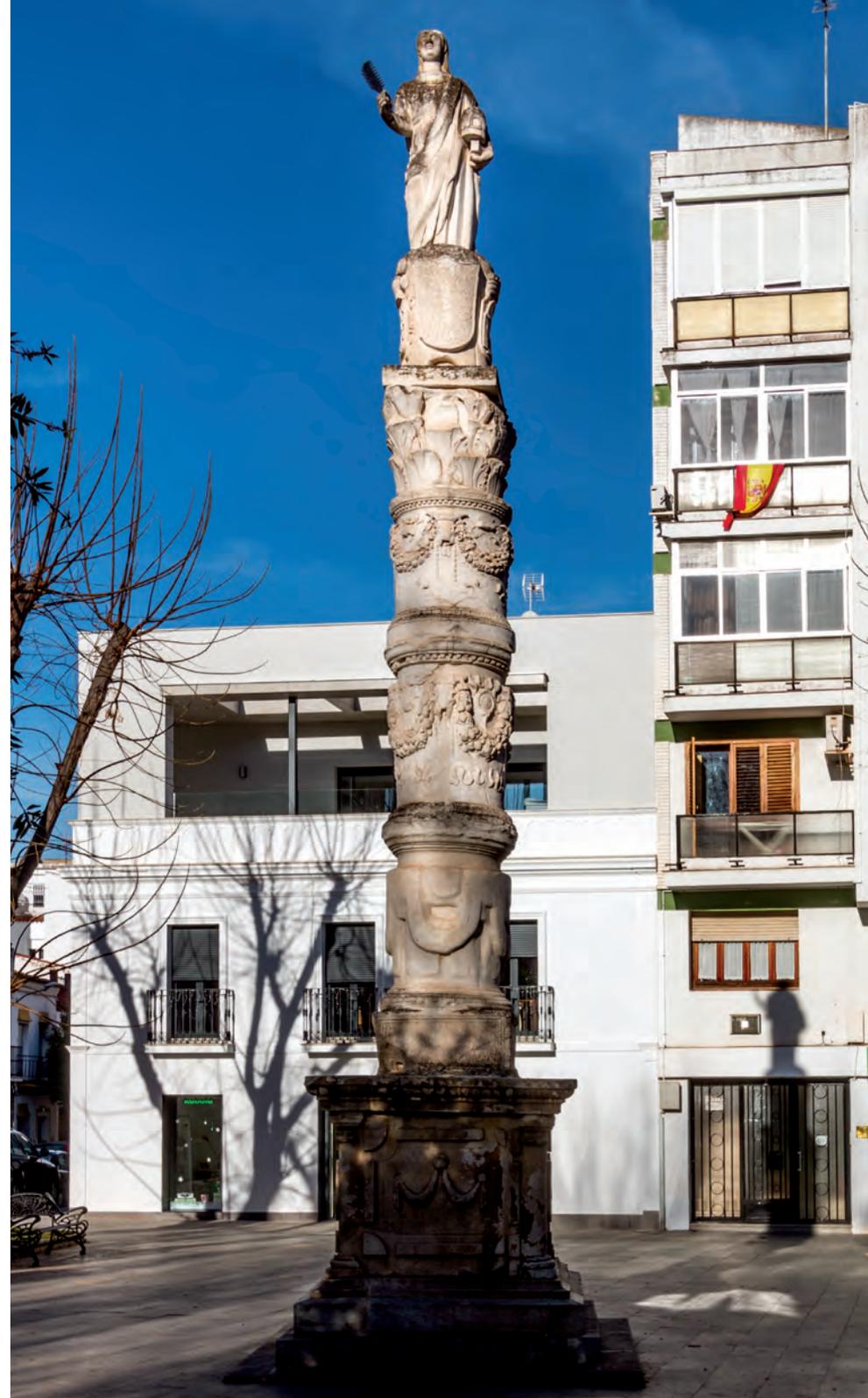
EL OBELISCO DE SANTA EULALIA

La devoción de los emeritenses a su patrona propició otro gran proyecto en el siglo XVII, en 1652 concretamente, ya en momentos de crisis, y, por ende, de reafirmación religiosa; fue el del Obelisco de Santa Eulalia.

Se comenzó a gestar en 1.633, pero no tuvo concreción hasta la fecha citada. La ciudad se encargó de pagar la obra bajo la supervisión de su gobernador D. Lope de Tordoya y Figueroa.

Fue denominado en los documentos de la época “Pirámide”, “Aguja”, Tropheo” en honor de Santa Eulalia. Para ello se utilizaron unas importantes piezas romanas, dos aras cilíndricas halladas en las inmediaciones del llamado “Templo de Diana”, relacionadas con el culto imperial, donde figuran guirnaldas en relieves y elementos de culto, como el casco con el que se tocaban los flamines, sacerdotes encargados de esa liturgia, un capitel de columna del programa decorativo del foro colonial y un pedestal, base de una escultura dedicada a la Concordia de Augusto (*Concordiae Augusti*) que formaría parte del programa iconográfico del gran templo de culto oficial hallado en la calle Holguín.

Como elementos modernos, el basamento, que se incorporó para enfatizar su altura en la reforma efectuada en el siglo XIX, un ara circular de iguales proporciones a las romanas,

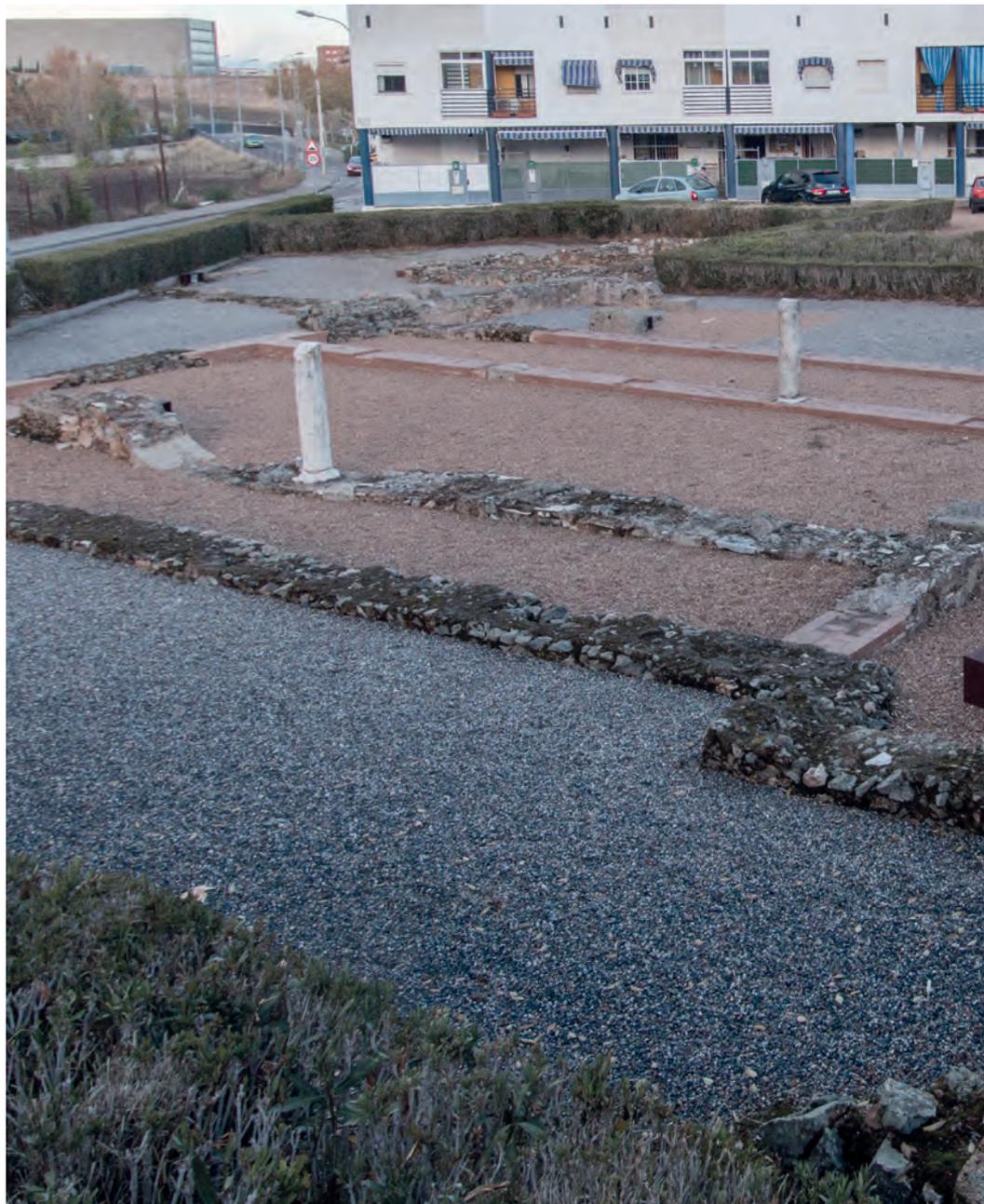


con una guirnalda esbozada y, como remate de la columna que sustentaba la efigie de Eulalia, un bloque con epígrafe conmemorativo de la erección del monumento y los escudos de los Austrias, el de la Ciudad y el del Gobernador.

Un togado romano fue utilizado para representar el cuerpo de la Santa, con los retoques consiguientes, sobre el que se dispuso su efigie, de no feliz ejecución, portando lo símbolos de su martirio, la palma y el hornito

El monumento se restauró en varias ocasiones y la más importante refección de la que tenemos noticia se efectuó a finales del siglo XIX, en tiempos del alcalde D. Pedro María Plano. Fue una obra muy difundida por todos los que se encargaron del estudio de los monumentos de la ciudad.

Lamentablemente, debido a su creciente deterioro se tomó la decisión, en 1992, de desmontar el monumento para su consolidación y depósito en el Museo Nacional de Arte Romano, donde en una de sus salas se puede admirar la calidad artística de las referidas aras cilíndricas. En el lugar de su emplazamiento original se erigió una réplica del monumento.



HOSPITAL PARA PEREGRINOS

Era tal el número de peregrinos que se desplazaban a *Emerita* para manifestar su fervor a la Mártir, desde la Península y de más allá de los Pirineos o el Estrecho, y en tan malas condiciones de salud llegaban muchos de ellos, que el obispo Masona, verdadero mecenas de la ciudad y ejemplo de caridad cristiana, financió la construcción de un hospital y casa de reposo para peregrinos en las cercanías de la basílica martirial. De este edificio y su función daba cuenta la fuente literaria que recrea la vida de la ciudad en el siglo VII, “*La Vida de los Santos Padres de Mérida*”. Pero, como pasa en el caso de la Basílica de Santa Eulalia y su contenido, a comienzos de este siglo la arqueología vino a corroborar lo que ese texto narra: a la sombra del acueducto de San Lázaro, junto a la calzada que lleva a *Toletum* y *Corduba*, entre mausoleos de un cementerio cristiano en decadencia y algunas instalaciones industriales, se erigió este hospital o *xenodochium*, que es el término griego con el que originalmente fue conocido el edificio. Su diseño es único en la Península: dos galerías para estancia de enfermos y transeúntes en dos plantas, ambas porticadas y que daban a sendos patios interiores. Entre ambas galerías, y funcionando como eje del proyecto, un edificio con cabecera absidada, en la que posiblemente se estribaban dos torres campanarios. Este edificio central funcionaría como oratorio o capilla.

De la profusa decoración que lo enriquecía podemos admirar alguno de los moldes de pilastras ornadas con roleos esquemáticos de pámpanos y racimos.

Restos del Hospital de Peregrinos.







Ruinas del Hospital de Peregrinos. Detalle de su arquitectura decorativa.

Mérida

LA OBRA DE LOS CREYENTES

LA MÉRIDA CRISTIANA EN EL MUSEO NACIONAL DE ARTE ROMANO

En una de las salas de la planta segunda del Museo se exhiben, exentas o en vitrinas, piezas del mayor interés de la Mérida paleocristiana y visigoda a la espera, como las que componen la espléndida Colección de la iglesia de Santa Clara, de que se haga efectiva la construcción del nuevo edificio destinado a su exhibición, cuyo proyecto fue aprobado en su día.

Lo expuesto en la sala VIII muestra bien a las claras la vitalidad de la iglesia emeritense, sobre todo durante el período visigodo, bajo la égida de grandes metropolitanos como lo fueron Paulo, Fidel y Masona.

Destacan las inscripciones funerarias, sencillas pero ilustrativas al referir los nombres de los difuntos, con la fórmula común de ese tiempo, *famulus Dei*, siervo de Dios y la fecha de su óbito. Como complemento de lo funerario, en vitrina, los ajuares que se depositaron cuando fueron inhumados: jarritos, lucernas, vidrios.....

Igualmente en la vitrina utensilios de la liturgia cristiana, con la presencia del crismón en algunas de las piezas. También de una curiosa paloma de bronce, entre otros objetos.

Aunque la mayor parte de los elementos arquitectónicos de los edificios religiosos se pueden ver en la referida Colección de la Iglesia de Santa Clara, algunas piezas de interés ocupan también la sala, como el dintel de un edificio donde se leen las letras del alfabeto griego, alfa y omega, en clara referencia a la Divinidad y dos cimacios. De otro edificio procedía un relieve alusivo al verano (*Aestas*).





Quizá lo más interesante de ese conjunto sea la lápida dedicada a Santa Eulalia, rogando su protección a un edificio católico en pleno conflicto con la corriente arriana, al referir su adscripción al culto eulaliense (*iuris tu*), según opiniones autorizadas.



LA SINAGOGA

Emerita contó con una nutrida comunidad judía con gran influencia social y económica en algunos momentos de la Baja Edad Media. Esta situación se vio interrumpida de forma abrupta con la expulsión de los judíos en 1492.

Algunos epígrafes funerarios atestiguan la presencia hebrea desde antiguo en Mérida. Es el caso de la inscripción, fechada en el siglo II d.C., que recuerda a *Iustinus*, originario de Judea.

En la Pasión de Eulalia, aparecen los judíos con ese injusto papel de sayones delatores que la antigua tradición cristiana les asignó.

Del siglo IV es una inscripción dedicada a *Annianus Peregrinus*, rabino de dos sinagogas (exarconte). Posteriormente, en los siglos VI y VII, tanto en la ya citadas “*Vidas de los Santos Padres de Mérida*”, como en las Actas de los Concilios Peninsulares, los obispos emeritenses citan a los judíos de su ciudad y los medios empleados por la Iglesia en su conversión. Hasta se conserva una inscripción de un rabino local, Jacob, fechado años después de la toma de la ciudad por los musulmanes.

Parece que una de esas sinagogas se ubicó, en la Alta Edad Media, en los alrededores del Templo de Culto al Emperador en el, por entonces, abandonado foro municipal. Luego esta sinagoga fue transformada en iglesia dedicada a Santa Catalina, de la que restan las hornacinas de su retablo en un muro medianero.

ANNIANVS PEREGRINVS SONO
 RIFICVS DVARVM SINACOE
 EXARCONVIXIANINXINDE
 QVEM BONVM TESTIMONI
 VM REDDENT CVBSETANIC
 SVIOTENNO CENTEMANON
 FRVNTVM MEVS SEKETA
 ATE MEV
 A MBENE
 DORMIAT
 SPIRITVS TV
 VS

Epígrafe del exarconte Annianus Peregrinus.

CASA HERRERA

Al rebufo de las peregrinaciones, los campos emeritenses se plagaron de ermitas, eremitorios y monasterios en torno a los cuales crecieron alquerías o bien villas rurales, algunas de carácter palaciego, en cuyo seno fueron creciendo iglesias costeadas por sus dueños.

Uno de esos enclaves es la basílica de Casa Herrera. Se encuentra a poco más de seis kilómetros de la ciudad, tomando un viejo camino que, hacia el Noroeste, lleva a la localidad vecina de Mirandilla.

Del complejo de edificaciones que rodeó, en los siglos VI y VII, a este templo apenas nada queda. Sin embargo, los restos del edificio de culto son lo suficientemente ilustrativos y monumentales como para que podamos reconocer una singular iglesia basilical sin mayores problemas y gracias, en buena medida, a las restauraciones y reintegraciones llevadas a cabo en él durante los últimos decenios. Se trata de una iglesia con una nave central y otras dos paralelas separadas por seis columnas. La nave central pone en conexión dos ábsides contrapuestos, con una mesa de altar en cada uno. La nave central está dividida, de forma longitudinal, por unos muros que crean un estrecho pasillo central. Progresivamente se fueron añadiendo nuevas naves con sus respectivos pórticos de acceso. La nave de levante, en el lado anejo al ábside oriental, concluye en un baptisterio con una piscina escalonada. Era la pila bautismal en la que los iniciados en la Fe eran bautizados por inmersión, como era tradición en la época. Esta piscina estaba cubierta por un baldaquino. Tras ella se encontraba un altar.

¿Una iglesia con tres altares? Uno para la celebración eucarística, otro en recuerdo de algún mártir significado y, por último, otro para la liturgia del bautismo.



Basílica de Casa Herrera.

SANTA LUCÍA DEL TRAMPAL

Próxima a la Vía de la Plata, en las faldas de la Sierra Centinela, dentro del término municipal de Alcuéscar, se encuentra una de esas iglesias excepcionales de la arquitectura altomedieval que, además, se asienta en un entorno adeshado, de los más hermosos de la campana emeritense. Hace treinta y cinco años sus ruinas albergaban una cuadra y, en la actualidad, es el recuperado eslabón arquitectónico que ensambla la vieja tradición romana, interpretada por los visigodos, pero ya dentro del nuevo emirato andalusí. No puede entenderse el prerrománico asturiano ni el primitivo mozarabismo sin tener un conocimiento de este edificio.

No sabemos a qué devoción se adscribió originalmente esta iglesia, pues el culto a Santa Lucía es muy posterior. Sí sabemos, por el gran número de inscripciones aparecidas, que en el entorno existió en época romana un espacio sagrado dedicado a *Ataecina*, que es como denominaban los vettones a Proserpina. Las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo aquí nos invitan a pensar que este edificio formó parte de un conjunto monacal inserto en una aldea cuyos habitantes se dedicaban a la horticultura y la ganadería.

El edificio es de tres naves, siendo mucho más estrechas las laterales. Como en el caso de Casa Herrera, a las naves laterales se unen otras dos con pórticos de acceso. Según nos aproximamos a la cabecera, la nave se estrangula en una pequeña estancia, el coro, que comunica con una nave transversal que funciona como eje de unión con la cabecera (transepto), que está dividida en tres ábsides de planta cuadrada y con cubierta abovedada, siendo el ábside central algo mayor en planta y alzado. Parece que los tres ábsides tuvieron mesas de altar, siendo el central el principal del santuario.



Santa Lucía del Trampal. Vista de la cabecera de la iglesia.

Nave, coro, transepto y altares estaban separados por cancelas, marcando de este modo los espacios litúrgicos y separando a los miembros de la comunidad sacerdotal del resto de la feligresía.



Santa Lucía del Trampal. Interior de la iglesia.

CONCATEDRAL DE SANTA MARÍA LA MAYOR

Tras ser reconquistada la villa por Alfonso IX de León en 1230, el interior de la Alcazaba fue ocupándose por un caserío, conocido como la Villavieja, que se articuló en torno a la pequeña iglesia de una nave, erigida sobre el propio aljibe musulmán, conocida como Santa María del Castillo. Este templo no era de nueva planta, si no que reutilizaba una mezquita precedente sin apenas modificaciones. Las fuentes relatan que el interior del espacio sacro estaba presidido por una imagen alabastrina de la Virgen.

Concatedral de Sta. María. Fachada meridional.







Por esas fechas se ponen en marcha las obras de recuperación para el culto de la nueva basílica de Santa Eulalia y la erección de una ermita, de inspiración tardo románica, en el solar que hoy ocupa la actual Concatedral de Santa María la Mayor. Se eligió este espacio y no otro porque los caballeros santiaguistas restituían, de este modo, una tradición ancestral que venía a ubicar aquí la iglesia matriz visigoda de Santa María de Jerusalén, su baptisterio y todo el complejo palaciego obispal.

La ermita se ubicó en una zona que, en pocos decenios, se consolidó como el centro cívico de la ciudad en forma de plaza. De ahí que fuera conocida como Santa María Mayor de la Plaza. Sus dimensiones y aspecto desmerecían la presencia de la Institución Eclesial en el nuevo foro. Fue principalmente la Mesa Maestral de la Orden de Santiago la que aborda esta cuestión en los albores del siglo XV y erige un nuevo templo. En este empeño destaca Don Lorenzo Suárez de Figueroa, Maestre de la Orden.

Antes de entrar a describir este edificio no debemos olvidar aquello que las piedras no nos cuentan pero sí los documentos.

El templo se encuentra ubicado en el centro de la villa, donde se erigieron los palacios de los notables locales, como es el caso del vecino de los Marqueses de Vera-Mendoza. En ellos solían hacer parada y fonda los miembros de las familias reales (de la castellana primero y después de la española y, en ocasiones, de la portuguesa), era lógico, pues, que estos asistieran a los Oficios en la Iglesia más cercana: Santa María. Tampoco hay que olvidar que, por ser la iglesia principal de Mérida, aquí se elevaban alabanzas al Altísimo cada vez que se iniciaba un reinado o tenía lugar un enlace matrimonial o nacía un nuevo vástago en palacio. También se alzaban monumentos de compleja arquitectura en memoria del monarca fallecido, monumentos plagados de velas y hachones que terminaron por afectar, de forma irreparable, al artesonado de madera pintada que lució originalmente el interior del templo hasta 1687. Por último, recordar que la

Concatedral de Sta. María. Vista general desde el órgano.

sede del poder local, el cabildo, se encontraba en la plaza. Por esa unión íntima que antaño tuvo el poder temporal y el divino, a esta Iglesia acudían los mandatarios locales en pleno para celebrar los grandes hitos del calendario litúrgico.

Cinco conventos, dos hospitales (el Hospital del Nazareno y el Hospital de San Juan de Dios), varias ermitas y múltiples heredades, además de haber sido la sede canónica de algunas cofradías, enriquecieron las arcas de esta parroquia que, por el contrario, sufrió los embates de las guerras contra Portugal y la Francia Napoleónica, además de ver mermadas sus rentas con los procesos desamortizadores de los siglos XVIII y XIX.

Lo primero que nos llama la atención cuando observamos esta iglesia son sus dimensiones reducidas, su escasa altura y ese sólido empaque de conjunto que parece más propio de una fortaleza. También apreciamos que el edificio conjuga elementos de varios estilos arquitectónicos, desde el tardo gótico hasta el barroco, pasando por el renacimiento.

La cabecera, lo más antiguo que se conserva de la iglesia, está realizada en su integridad en sillaría granítica, con recios contrafuertes que rematan en pináculos. Ya en esta zona se aprecia una característica común en toda la fábrica: la escasez de vanos y el pequeño tamaño de los existentes.

Si nos alejamos de la cabecera, observaremos que las sucesivas reformas dieron lugar a muros de distinta factura, desde el empleo del sillarejo y mampuestos hasta la tierra apisonada y posteriormente enfoscada.

La Puerta de Santa María, que da a la plaza, y el lienzo de muro que la flanquea, son fruto de una de esas reformas. Concretamente de un ilustre hijo de la villa bautizado en este templo y que acompañó a Diego de Almagro en la conquista del Perú, Don Francisco Moreno de Almaraz “El Rico”. Viendo el mal estado del lienzo sur del edificio, costeó su total reforma, incluyendo la fachada colonial que hoy podemos admirar. Fachada que remata en un balcón con voladizo con una capilla del siglo XVIII que alberga la imagen en alabastro, del XVII, de la Virgen de la Guía, de la que antaño eran devotos los arrieros y trajinantes.

Ya en su interior, y hechos nuestros ojos a la penumbra, podemos apreciar que la iglesia es de tres naves: la central con techumbre de bóvedas de lunetas y las laterales con bóvedas de arista. Descansan sobre pilastras de granito con columnas adosadas en sus caras, resultando cruciforme la sección que presentan en todas ellas. Los capiteles y basas son sencillos, en forma de tronco de pirámide de caras lisas. Los arcos formeros son tímidos realizados, en origen, para soportar un artesonado mudéjar desmantelado hace más de tres siglos.

Girando a la derecha, hacia el lado de la epístola, hallamos una lápida que nos recuerda que en este templo estuvieron sepultados, desde 1558 hasta 1574, cuando son trasladados hasta El Escorial, los restos mortales de Doña Leonor de Austria, hermana del Emperador Carlos V y esposa del Rey Portugués Manuel I “El Afortunado”.

Seguidamente nos encontramos ante la Capilla de San Antonio, costeada por Don Francisco Moreno de Almaraz en 1569 bajo la advocación de San José. El retablo barroco que podemos admirar actualmente está dedicado a San Antonio y es posible que proceda del extinto convento de Santa Clara.

Antes de acceder a la Sacristía, nos topamos con un retablo neobarroco, del siglo XIX, dedicado a la Virgen de Guadalupe.

Accedemos a la Sacristía actual, que ocupa la que fuera capilla funeraria de los Condes de la Roca. Miremos hacia arriba y veremos dos bóvedas, la del primer tramo es estrellada de cuatro claves y una central decorada con los veros del blasón de la familia. La bóveda del segundo tramo es de crucería sencilla. En el interior de la capilla se conserva el sepulcro renacentista de alabastro de Doña María Gómez de Figueroa, esposa de Don Diego de Vera que yace tumbada, con larga túnica y en su cabeza luce sencilla toca. Sus manos aferran un rosario y a los pies un perrito de aguas vela su sueño eterno.

La pared frontal está decorada con un gran cuadro mural con la Adoración de los Reyes Magos, realizado por el pintor local Donato Lobo a mediados del siglo XX, entre cuyos personajes aparecen retratados algunos tipos de la Mérida de hace sesenta años.

Entramos en la zona del Altar Mayor. El retablo que vemos es el tercero de los conocidos que decoró este espacio. Concretamente es obra del escultor de Jerez de los Caballeros, Agustín Núñez Barrero. Entre 1762 y 1764 reforma sustancialmente y amplía el retablo precedente del portugués Francisco Morato, uno de los maestros de la retablística extremeña. La calidad de las imágenes salidas de su gubia: San Pablo y San Pedro, Julia (una mártir ficticia) y la soberbia Eulalia de Mérida, fueron respetadas por Núñez Barrero, que las integró en su retablo barroco. Es de cuerpo cónico, con tres calles, con banco que soporta el cuerpo central, rematando en un cascarón con la Santísima Trinidad. En ese cuerpo central destaca la imagen barroca de María, en su Asunción, elevada a los cielos por ángeles querubines entre nubes.

Delante del banco de este retablo se encuentra la sillería del coro, ubicada en este lugar al ser elevada esta Parroquia, en 1993, a Concatedral de la nueva Archidiócesis de Mérida-Badajoz.



En el muro del Evangelio se encuentra el sepulcro bajo arcosolio, de corte renacentista, de Don Diego de Vera. Este noble emeritense aparece tumbado sobre su lecho mortuorio. Su cabellera y rostro están bien tratados. Su cabeza va tocada con birrete y viste tabardo cortesano que deja traslucir la camisa. Porta calzas en sus pies. Empuña mandoble con gavilanes y Cruz de Santiago en la empuñadura y la vaina decorada con escudo de los Vera. A los pies le acompaña un perro que porta collar en su cuello.

En el lado de la epístola podemos ver otro retablo, en este caso barroco tardío dedicado, a fines del XVIII, a la Virgen del Carmen por una cofradía de devotos a esta advocación mariana, hoy desaparecida. Enfrente, enmarcado en otro retablo coetáneo al de la Virgen del Carmen, nos encontramos con el Cristo de la O, así llamado ya que esta parroquia inicialmente estuvo bajo la advocación de la Virgen de la O (María expectante ante su maternidad).

Es uno de esos crucificados patéticos de inspiración flamenca, característicos del gótico tardío, que no dejan indiferente a nadie. Esta

talla anónima de finales del XIV o inicios del XV, nos consta que se encuentra en esta Iglesia desde el primer tercio del siglo XVII, aunque es seguro que procedía de parroquias desaparecidas linderas con la de Santa María, como pudieron ser las de Santiago o San Andrés.

A pesar de la pésima restauración que tuvo la imagen tras sufrir un incendio, siguió arrastrando durante siglos la piedad de los emeritenses. En los años ochenta del pasado siglo fue restaurada con acierto por el Ministerio de Cultura. Hoy es la imagen titular de la Junta de Cofradías de Mérida. Cada Semana Santa es llevada en procesión hasta el Anfiteatro Romano, donde se celebra un solemne Vía Crucis nocturno.

Merece la pena aproximarse a esta talla. Vemos a un Cristo en el instante de expirar, con los ojos casi cerrados, el rostro cadavérico, con la boca apenas abierta y la barba larga y rizada. Su cuerpo presenta las costillas y el esternón marcados. El paño de pureza está policromado, con bandas rojas y amarillas.

Imaginemos la herida del costado de este Cristo rezumando sangre que era introducida a través de un orificio practicado en su espalda. Una búsqueda de realismo extremo para mover las almas.

Santísimo Cristo de la O.



Ya hemos bajado del altar y, a la derecha, ya en la nave del Evangelio, nos hallamos ante un curioso retablo de recargado barroquismo, encargo de una antigua Cofradía de las Ánimas del Purgatorio que se encontraba en la Iglesia de Santiago y que se trasladó a Santa María en 1685.

Antes de acceder a la Capilla del Sagrario podemos admirar fragmentos de pinturas parietales que decoraron toda la zona del altar. Son del siglo XV avanzado y representaban un trasunto plasmado con asiduidad en la Baja Edad Media, según patrones flamencos: la Misa de San Gregorio. En el transcurso de la Eucaristía, se muestra Jesucristo ante el Santo, mostrándole las llagas de su pasión.

Entramos en la Capilla del Sagrario. Miremos hacia arriba y comprobaremos que el techo se compone de dos tramos. El primero de ellos es de sencilla bóveda de cañón que vino a sustituir en 1750 al artesonado de madera que tuvo originalmente. Por el contrario, el segundo se compone de bella bóveda estrellada de cinco claves unidas por círculo. Todas están decoradas con veneras y cruces de Santiago.

El retablo, dedicado a San Lorenzo, procedía de la Capilla de los Condes de la Roca. Contiene varias reliquias de santos conseguidas por el Conde siendo embajador extraordinario en Roma.

La mesa de altar está sostenida por una pieza visigoda de excelente calidad, un tenante con cruces patadas en sus laterales.

Saliendo de la Capilla del Sagrario nos encontramos con un arcosolio renacentista que sirvió para albergar los restos mortales de Doña Leonor de Austria. En él hoy podemos admirar al Cristo de las Injurias, un Ecce Homo de exquisita calidad, obra del genial Blas Molner, escultor nacido en Valencia pero que ejerció su magisterio en Sevilla a finales del siglo XVIII, donde llegó a convertirse en arquetipo del neoclasicismo imaginero hispalense.

Una puerta que daba acceso al templo desde el primer tercio del XVI por el lado septentrional, hoy da acceso a la Sala Capitular. Luce un escudo de Mérida sobre el dintel y, como es habitual en este templo, la Cruz Santiaguista.

Siguiendo nuestro recorrido por el lado del Evangelio, llegamos a la Capilla de Doña Cecilia de Mendoza, a la que se accede desde una portada plateresca de medio punto rebajado, toda ella decorada con florones, cabezas de angelotes y una figura desnuda de varón (Adán). En la clave de la puerta el blasón de los Mendoza, que es una banda terciada. En la sencilla verja de forja que cierra la capilla, una inscripción con letras sobre



doradas nos recuerda quien fue su propietaria, además de acoplarse escudos de los Vélez de Guevara, Moscoso, Silva, Figueroa y de los propios Mendoza, todos ellos pintados sobre forja de hierro soldada a la reja. En su interior, la cubierta es de bóveda estrellada y, al fondo, podemos admirar un pequeño retablo, fechado en 1769, barroco como muchos de los que se encuentran en el templo, en el que se integra una pintura sobre lienzo de Santa Cecilia, obra quizá reaprovechada de un retablo anterior.

Bajo arcosolio renacentista, hallamos la imagen de candelero de Nuestra Señora del Rosario, obra del imaginero alcalareño Manuel Pineda Calderón por encargo, en 1966, de la Real Hermandad y Cofradía Infantil.

Acercándonos al testero de la Iglesia nos encontramos con otra puerta de rejería que da ingreso a la Sacristía Menor y a la Casa del Campanero que, hasta hace pocos años, funcionó como dependencia parroquial.

Llegamos al testero que, en este ángulo, está ocupado por la Capilla del Baptisterio. La portada de acceso es plateresca, de arco rebajado, decoradas sus jambas con rosetas.

Luce su techo bóveda de terceletes de 9 claves cuyos nervios apean sobre ménsulas.

La pila bautismal es plateresca y, en su decoración, aparece Eva desnuda.

En la pared de la izquierda se adosa un interesante retablo con tablas en las que se representan a San Ambrosio y San Agustín, Padres de la Iglesia; la Virgen del Rosario y Santo Domingo.

Sin salir del templo, cruzamos el testero para admirar dos pequeños retablos, el de Jesús de Medinaceli y el de Nuestra Señora de la O, con tablas de la Anunciación, San José, San Pedro, San Francisco, San Juan Evangelista, San Agustín, San Buenaventura y San Alberto Magno, además de la Virgen de la O con el Niño en su brazo izquierdo. Este retablo está realizado con piezas procedentes





Capilla bautismal.

del antiguo retablo de Francisco Morato que lució en el Altar Mayor y luego en la Capilla del Sagrario.

Terminamos en el lado de la epístola visitando la Capilla de Francisco Moreno de Almaraz o de los Vera. Formó este espacio parte de la gran reconstrucción que este conquistador propició en este lado de la iglesia y que concluyó en 1579. Es la única portada renacentista del edificio. Presenta arco de medio punto entre dos columnas exentas que rematan en capiteles compuestos que sostienen un movido arquitecónico. En las enjutas podemos ver clipeos con los anagramas de Jesucristo y María en su interior.

Contiene un retablo que imita sillería almohadillada. Destaca en él un lienzo pintado de San Nicolás Tolentino y cuatro imágenes de los evangelistas en alabastro de finales del siglo XVI.

Si nos situamos en el eje de la nave central, podemos admirar, mirando hacia el altar e invadiendo esta nave desde el lado del Evangelio, el pulpito desde el cual el oficiante dirigía sus homilias a la feligresía. Destaca el tornavoz de casquete barroco, coronado por un ángel con fanfarria. Por el contrario, si dirigimos nuestra mirada a los pies del templo, sobre el vano de la puerta encontraremos un notable órgano con ciertos detalles neoclásicos, coronado por la Cruz de Santiago. Está fechado en 1780, obra del organero madrileño Tomás Risueño.

Salgamos por la puerta del testero, conocida como Puerta del Perdón.

Si vemos en toda su amplitud esta portada desde la Plazuela de Santa María (donde se encuentra el Monumento al Cofrade), podremos comprobar que no es la original del templo, pues es clásica, de pilastras pareadas en dos cuerpos, el primero de orden jónico y el segundo corintio. En medio del cuerpo inferior se abre el vano de la puerta adintelada. En tanto en el segundo cuerpo se abre un balconcillo coronado por una inscripción flanqueada por los blasones de la ciudad y, una vez más, de la Orden de Santiago.

Esta puerta monumental fue ejecutada, a principios del siglo XVII, por el arquitecto Mateo Sánchez de Villaviciosa, autor del magnífico sepulcro del obispo placentino Pedro Ponce de León y la capilla de Hernando de Soto en Trujillo.





Concatedral de Sta. María. Fachada occidental o del Perdón.

CONVENTUAL SANTIAGUISTA (PRESIDENCIA JUNTA DE EXTREMADURA)

Uno de los hechos que propiciaron que la sede episcopal emeritense no fuera restituida, tras su reconquista por los leoneses, fue la maniobra de la Iglesia Compostelana consistente en dejar la ciudad bajo la jurisdicción, la administración civil y religiosa de la Orden de Santiago (de ahí que veamos en muchos edificios de la ciudad, religiosos sobre todo, la Cruz Compostelana o el León, símbolo de la Provincia Santiaguista de San Marcos de León). La Encomienda de esa Orden en Mérida y su contorno era muy extensa y sus monjes – caballeros, leoneses y zamoranos en su mayoría, se acantonaron en el interior de la Alcabaza árabe, añadiéndole encasamientos (el poblado de la “Villavieja” ya citado) y, sobre todo, nuevos elementos defensivos, como es el caso de esas torres que se proyectan, en avanzadilla, delante de los viejos muros emirales (torres albarranas). Por exigencias canónicas, la Casa Prioral pasó de León a Mérida a mediados del XVI, concretamente a la residencia que venía utilizando el Comendador de la Orden. Para albergar al Prior este edificio fue profundamente modificado, adquiriendo la morfología de un conventual al uso, incluyendo un generoso claustro porticado. Pero el fin para el que se hizo esa reforma sirvió brevemente a este objetivo porque, al poco, el Prior retornó a León y tan noble edificio fue utilizado para otros usos, castrenses en su mayoría, porque la fortaleza y el conventual continuaron siempre manteniendo la función primigenia que Abderramán II buscaba en ella cuando la erigió en el año 835 d.C.: defender el acceso a la ciudad desde el puente romano sobre el Guadiana; aunque también, de manera fugaz, fue utilizado por los lugareños como corral de comedias. Hoy es la sede de la Presidencia de la Junta de Extremadura.

Conventual. Fachada principal.







Conventual Santiaguista. Vistas del Claustro.





NUESTRA SEÑORA DE LA ANTIGUA

Del conjunto de iglesias y ermitas que antaño mantuvo la ciudad, a excepción de la Concatedral de Santa María y la Basílica Menor Martirial de Santa Eulalia, restan sólo algunos ejemplos que el peregrino no debe dejar de visitar, como es el caso de la Ermita de Nuestra Señora de la Antigua, ubicada a las afueras de la ciudad, a orillas del arroyo del Albarregas, poco antes de tomar la salida hacia Madrid por la antigua N-V. Documentalmente su construcción consta que es de finales del siglo XV, si bien se constatan reformas posteriores unidas, quizá, a que la ermita se terminó adosando a un humilde conjunto monástico de Franciscanos Descalzos hacia 1578.

La ermita es de reducidas dimensiones, lo que no le resta una digna monumentalidad. De planta rectangular y una nave con bóveda de crucería que culmina en una cabecera absidada de planta cuadrada, más estrecha que la nave. La fachada meridional presenta una portada renacentista con algunos detalles góticos. Sobre el dintel una hornacina, que estaba decorada con pinturas, albergaba la imagen de Nuestra Señora de la Antigua (actualmente ésta se encuentra en una hornacina pero sobre otra portada, en este caso de la Iglesia de exconvento de Santa Clara, sede de la Colección Visigoda de Museo Nacional de Arte Romano y de la que hablaremos en párrafos posteriores).

Ermita de Ntra. Sra. de la Antigua.

HOSPITAL DE JESÚS NAZARENO

(PARADOR DE TURISMO)

Este edificio, que antaño albergara un Hospital de la Orden Hospitalaria de Jesús Nazareno, hoy es la sede de uno de los establecimientos de la Red de Paradores Nacionales con más solera, al ser inaugurado nada menos que en 1933.

El Convento-Hospital se erigió hacia 1725 por la Orden citada, fundada por el religioso emeritense Cristóbal de Santa Catalina, en un entorno que estuvo ocupado por una parroquia desaparecida, la de Santiago y, sobre todo, por el antiguo foro provincial de la Colonia, detalle que vendría a dar singularidad a este convento al convertirse, por iniciativa del médico local Forner y Segarra y de fray Domingo de Nuestra Señora, en uno de los protomuseos del Reino, bautizado con el acertado nombre de “Jardín de Antigüedades”. Algunas de las piezas arqueológicas, salvadas milagrosamente de los saqueos napoleónicos o de la almoneda desamortizadora, aún pueden admirarse en dependencias del edificio, explicadas todas ellas de manera clara y didáctica.

En esencia se conserva casi todo el complejo de estancias que conformaron esta institución hospitalaria, destacando la iglesia, de planta rectangular y nave única, con cubierta de bóveda de cañón con lunetos. La cabecera se sobre eleva levemente respecto a la nave, de la que se separa por rejería de forja. Ésta se divide en dos tramos: el central, cubierto con bóveda de media naranja que concluye en la típica linterna barroca y, tras este cuerpo, le sigue triple ábside rematado con bóvedas de cuarto de esfera.

El recoleto claustro guarda un secreto de interés: los fustes que sostienen su primer cuerpo, que funciona como patio porticado, proceden de edificios romanos reutilizados en tiempos andalusíes. Los musulmanes utilizaron la superficie de mármol como improvisada pizarra donde devotos invocaban a Ala con fórmulas coránicas (*dhikr*).





PARADOR

Hospital de Jesús Nazareno. Fachada principal.



Hospital de Jesús Nazareno. Vistas de la capilla.



IGLESIA DEL CARMEN

La Comunidad Franciscana descalza decide abandonar su sede de la Antigua, sobre todo por las fiebres palúdicas que se propiciaban en las riberas del Albarregas y, por otra parte, por lo alejado que el convento se hallaba de la ciudad.

Se trasladaron a la calle de los Pajares –hoy Almendralejo–, a la sombra de la Puerta de Santiago.

La Iglesia del convento está dedicada a la Virgen del Carmen y es netamente barroca, construida entre 1721 y 1737, como reza una inscripción de su fachada. Flanquean la hornacina con la imagen de la Virgen del Carmen, el emblema de la Orden Franciscana Descalza y un curioso escudo de la ciudad en cuyo campo se inscribe el puente sobre el Guadiana sobre el que se alza el Arco de Trajano.

De planta de cruz latina con camarín en la cabecera de forma octogonal, su interior muestra bóvedas de medio punto en la cabecera y naves del crucero, en tanto la que sostiene el coro es de medio punto rebajado. La nave central del crucero y el camarín se cubren con cúpulas hemiesféricas rematadas en sendas linternas. El retablo de fábrica reproduce la fachada de un templo clásico de cuatro columnas al frente (tetrástilo), que culmina en frontón rematado con acroteras y con Espíritu Santo en forma de Paloma en su centro. En él se abre camarín con bella imagen barroca de la Virgen del Carmen.

En su interior puede admirarse la imagen del Nazareno del Silencio, perteneciente a la Hermandad del Calvario. Talla menor del natural y que parece obra de un imaginero del entorno del gran escultor vallisoletano Luis Salvador Carmona, al que se añaden algunos detalles propios de la escuela granadina.

El convento, desamortizado a mediados del XIX, pasó a ser utilizado como psiquiátrico (antiguo Hospital de Dementes) y, en el último cuarto del pasado siglo e inicios de éste, como sede de los juzgados, el registro civil y la comisaría del Cuerpo Nacional de la Policía.

Iglesia del Carmen. Fachada principal.





Iglesia del Carmen. Vistas del interior.



HOSPITAL DE SAN JUAN DE DIOS

(ASAMBLEA DE EXTREMADURA)

San Juan de Dios fue un santo portugués que revolucionó la labor hospitalaria de la Iglesia desde el siglo XV. Desde el primer cuarto del XVII, Mérida contó con uno de los establecimientos inspirados en el espíritu caritativo de este Santo y que perduró, asumidos sus fines por el ayuntamiento y otras congregaciones religiosas, hasta los años ochenta del pasado siglo.

Se trata de un edificio barroco en el que destaca la iglesia, rematada en 1768 (como consta en uno de los epígrafes de sendas cartelas que lucen en su fachada). Su planta es singular, dentro de las iglesias de la zona, pues es de planta central inscrita en un octógono, con cubierta de cúpula sobre pechinas. Tanto la capilla mayor como cuatro capillas laterales se desarrollaban en ábsides en los que se encastraban los retablos, hoy trasladados a otras iglesias de la ciudad y su comarca. En este espacio, donde antaño se ubicó el hemicycle del parlamento regional, se realizaron recientemente excavaciones arqueológicas que dieron como resultado hallazgos relacionados con espacios domésticos de la Colonia Augustana, concretamente restos de un mosaico cuyo emblema central, muy deteriorado, permite ver una cabeza de Medusa. En el nuevo hemicycle, englobado en una ampliación aneja al edificio histórico, digno de admirar es también otro pavimento musivo aparecido en una céntrica calle de la ciudad hace decenios, en el que aparece un jabalí azulado por una pareja de perros.

Hospital de San Juan de Dios. Fachada de la antigua Iglesia.







Iglesia de Santa Clara. En primer término escultura del insigne arqueólogo José Álvarez Sáenz de Buruaga.



IGLESIA DE SANTA CLARA

(COLECCIÓN VISIGODA DEL MUSEO NACIONAL DE ARTE ROMANO)

Este templo formó parte del Convento de Santa Clara, cuyo claustro puede visitarse en la actualidad al ser convertido en una sala de exposiciones temporales dependiente del Consorcio de la Ciudad Monumental de Mérida.

Desde su construcción, en el primer tercio del siglo XVII, a iniciativa de un galeno local, Don Lope Sánchez de Triana, el convento tuvo los más variados usos una vez exclaustrada las monjas clarisas a mediados del siglo XIX: almacén, escuela, teatro y museo (oficialmente creado, ni más ni menos, que en 1838).

La iglesia es un ejemplo de ese barroco toledano austero, con la decoración centrada en las portadas y la obra de sillería apareciendo tan sólo en zócalos y esquinas, jugando el resto del alzado con el ladrillo y la mampostería para crear cierta gracia cromática a la vez que la necesaria solidez. Ya en su interior apreciamos una iglesia luminosa, gracias a sus grandes ventanales, con planta de cruz latina, además de un crucero y cabecera apenas destacados. Sus dos tramos, separados por gruesas pilastras adosadas a los muros, concluyen en una bóveda de medio cañón y, como viene siendo el caso de otras iglesias locales, el crucero se cubre de una cúpula sobre pechinas rematada en la consabida linterna o cupulín.

Su interior alberga la Colección Visigoda del Museo Nacional de Arte Romano, un selecto muestrario de la importancia que *Emerita* tuvo durante los siglos VI y VII. Las piezas de arquitectura decorativa y de las denominadas artes menores y cerámica expuestas, recrean fielmente una ciudad hecha por los obispos más cultivados y poderosos del Reino Visigodo para alabar a Dios, sus Santos y, por supuesto, a la Mártir Eulalia.



*Iglesia de Santa Clara. Vista general de la Colección Visigoda (derecha).
Nicho con crismón (arriba).*





32



CONVENTO DE LAS CONCEPCIONISTAS ("Las Encerradas")

Ya hablamos, al visitar la Concatedral, del conquistador emeritense Francisco Moreno de Almaraz que, aunque residente en Cuzco, no olvidó jamás su ciudad natal, convirtiéndose en uno de sus mayores mecenas en el Renacimiento. Pues bien, otra de sus obras pías fue este convento. Moreno de Almaraz tenía devoción mariana, especialmente a la Inmaculada Concepción, venerada por la Congregación de Religiosas Concepcionistas fundada en Toledo por la religiosa portuguesa Beatriz de Silva en 1492. Del convento emeritense sólo queda, de su fábrica original, la iglesia, concluida en 1630 (no visitable en la actualidad) y la fachada que mira a la calle Concepción. De las dos portadas que podemos admirar destaca la renacentista con resabios góticos a la que se vino a añadir, con posterioridad, una hornacina rodeada de un recargado aparato arquitectónico y de ornamentos vegetales barrocos, en cuyo interior se encuentra una Virgen con el Niño. Si nos desplazamos por esa calle a la confluencia con la calle San Francisco, podremos admirar, dentro de una pequeña hornacina, una bella representación pintada de la Virgen de Guadalupe de Tepeyac, obra de fines del XVII o comienzos del XVIII.

En este convento, la corporación municipal renovaba anualmente, desde 1620, el Voto de la Inmaculada Concepción, actuando las monjas "encerradas" como testigos de ese Voto, entregando simbólicamente el alcalde su vara de mando a la madre abadesa. En el año 2009 la Congregación Concepcionista clausuró el convento y, con la partida de las monjas, esta tradición devocional, mantenida durante más de cuatrocientos años, desapareció del calendario festivo local.

Convento de las Concepcionistas. Fachada principal.



Convento de las Concepcionistas. Detalle de la portada renacentista.

ERMITA DEL CALVARIO

En uno de los puntos más elevados de la villa se alzó una ermita, culminación de las estaciones de un calvario cuyos tramos marcaban el ascenso de una empinada calle que nace en el puente romano sobre el arroyo del Albarregas. Se trataba de una humilde edificación de mediados del XVII, de corte popular, y en cuyo seno fue creciendo la hermandad de nazarenos más antigua de la villa de entre las existentes en la actualidad. Esta cofradía sacaba en procesión, en el siglo XVII, una imagen del Crucificado con brazos articulados para realizar el misterio del Descendimiento, tradición que esta Hermandad recuperó en los años noventa del pasado siglo. La imagen del Cristo del Calvario, obra anónima del XVII, de serena belleza en el trance de la Expiración, puede admirarse en la Parroquia de Cristo Rey/Calvario.



Ermita del Calvario antes de su derribo.

A principios de la década de los setenta del pasado siglo la ermita fue derribada, apareciendo el depósito y la fuente monumental (*castellum aquae/nymphaeum*), que distribuía las aguas en la zona septentrional de la Colonia Augustana, a la vez que servía de espectacular fuente pública que decoraba uno de los espacios más elevados de la Colonia Romana. Las aguas, procedentes del pantano de Proserpina, llegaban a este conjunto a través de una conducción hidráulica que salvaba el valle del Albarregas gracias al acueducto de “Los Milagros”.

En un pequeño camarín, que la citada Hermandad mantiene al culto en el lugar donde se ubicara la Ermita, podemos admirar una imagen de candelero de la Virgen de la Amargura. Talla original de Pineda Calderón encargada por esta cofradía en 1951 y que fue profundamente transformada, con posterioridad, por el imaginero sevillano Luis Álvarez Duarte.



Cofradía del Calvario. Escena del Descendimiento.

CONVENTO DE SANTO DOMINGO (o de San Andrés)

Dos nombres para un mismo convento. El de San Andrés, porque en este mismo solar estuvo una de las más antiguas parroquias de la villa convertida en ermita toda vez que esta zona, por entonces en la periferia de la ciudad, entraba dentro de la feligresía de Santa María la Mayor.

Hacia 1571, la Comunidad Dominica se establece en ella y funda un nuevo convento cuya vida estuvo marcada por la precariedad de medios, lo que derivó en que el conjunto conventual estuviera siempre en obras. Una vez desamortizado, corrió la misma suerte que el resto de los edificios monásticos de la localidad: ser receptáculo de usos diversos, algunos tan opuestos al objetivo de la Comunidad que lo erigió como el de servir de cárcel durante la Guerra Civil.

No pudo ser recuperado posteriormente para restaurarlo y, de él, hoy se conserva tan sólo parte de su iglesia, su espadaña barroca coronada perennemente por nidos de cigüeñas blancas y el muro de cierre de la fachada principal del convento. En ese muro se mantiene una portada renacentista en granito, con dos pares de columnas de orden toscano sobre plintos, luciendo tambores almohadillados y un dintel adovelado. Sobre ellos se desarrolla un entablamento muy clásico, con metopas decoradas con rosetones alternando con triglifos. Sobre él se encastra en la pared el emblema de los Dominicos y, dentro de una hornacina, una burda escultura en mármol de Santo Domingo de Guzmán con el hábito de la Orden Predicadora (fruto quizá de la reutilización de una pieza romana).



Convento de Santo Domingo. Fachada principal.

CEMENTERIO MUNICIPAL

A la salida de Mérida hacia Cádiz, mirando a la antigua Vía de la Plata, se encuentra el Cementerio Municipal, construido por la obligada clausura de los distintos campos santos que la ciudad tuvo en el casco urbano a mediados del XIX, tras la aplicación de las nuevas normativas de higiene y salud.

Se inauguró en 1868, en un momento convulso para la Nación, el de la I República.

Sus 42.000 m² albergan un jardín dominado por el árbol de la inmortalidad en la antigua Roma: el ciprés. 2679 panteones, 6774 Nichos y 40 Mausoleos, se distribuyen en calles donde podemos admirar como las familias emeritenses han ido plasmando en sus panteones, sepulcros y los textos de las lápidas, durante siglo y medio, su idea de la eternidad y la ausencia.

Una de las cruces de mármol procedente de un antiguo cementerio urbano, el de la Trinidad, nos introduce en este paseo donde se conjuga, en perfecta armonía, la vegetación, la piedra y el silencio.

Algunos de los panteones de este hermoso cementerio son fiel reflejo de la cultura clásica de la antigua Colonia Romana interpretada por las familias de fines del XIX e inicios del XX; en otros, como es el caso del sepulcro de los padres del escultor Juan de Ávalos, una Piedad, uno de los modelos originales a escala empleados para la escultura existente en la Basílica del Valle de los Caídos, marcan la moda que otras muchas familias emeritenses han seguido después. Tampoco faltan sepulcros donde la Mártir Eulalia es la conductora de las almas de sus fieles paisanos difuntos.



Cementerio de Mérida. Calle principal.



† EL IV DE AÑO DE MIL NOVECIENTOS Y VEINTIUNO †
† EL IV DE AÑO DE MIL NOVECIENTOS Y VEINTIUNO †



JUAN AVALOS SANCHEZ * FEBRUARY 1939 *
CONCEPCION GARCIA TABORDA CACERES * FEBRUARY 1939 *

IMÁGENES DE LA SEMANA SANTA EN MÉRIDA

Como no podía ser de otra manera, la Semana Santa de Mérida hunde profundamente sus raíces en las manifestaciones públicas de fe de los primeros cristianos emeritenses. Ya desde el siglo XV, las fuentes escritas recogen noticias de procesiones de flagelantes que recorrían las calles emeritenses la noche del Jueves Santo, acompañando la imagen patética del Santísimo Cristo de la O. En los siglos XVI, XVII y XVIII, eclosionan numerosas hermandades y cofradías que agrupan a los fieles emeritenses en torno a advocaciones como la Vera Cruz, Nuestra Señora de la O, La Soledad, el Santísimo Cristo de los Remedios, Nuestro Padre Jesús Nazareno, el Santísimo Cristo del Calvario, Nuestra señora de los Dolores...etc.

Hoy en día, hasta nueve Hermandades, fundadas o refundadas entre 1900 y 2002, son las encargadas de poner en la calle una suerte de catequesis plástica que recuerda los misterios de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo, con un imaginaria digna de las mejores gubias de cada momento, realizando su recorrido penitencial en unos escenarios (Arco de Trajano, Anfiteatro, Foros Romanos, Templo de Diana, Puente Romano sobre el Guadiana..etc), caso único y singular, coetáneos históricamente con los sucesos vividos en la Jerusalén romana.

Es casi imposible no conmoverse con el solemne, único, e impresionante Vía Crucis, presidido por la imagen del Santísimo Cristo de la O, que se realiza en la madrugada del Viernes al Sábado Santo, en el Anfiteatro Romano, lugar en el que seguramente, más de dos mil años atrás, pagaron con su vida algunos primitivos cristianos emeritenses, que no quisieron renegar de las enseñanzas del Nazareno.

La Semana Santa de Mérida fue declarada Fiesta de Interés Turístico Nacional por parte del Ministerio de Industria y Turismo el 12 de julio de 2010.







Peregrinos de Hong Kong en la Basílica de Santa Eulalia.

Podemos ya despedirnos de esta Mérida piadosa y seguir nuestro camino peregrino hacia Santiago, sabiendo que en esta ciudad, allá por los albores de la Edad Media, los cristianos del Reino Visigodo dispusieron aquí de su primera “Compostela”.

LAUS DEO/SHALOM ALEICHEM/SALAM ALEIKUM.

Monumentos dependientes del **Consortio Ciudad Monumental** • Telf.: 924 00 49 08 • www.consorciomerida.org

Sala Decumanus. C/ Santa Eulalia, nº 13.

Cripta y Centro de Interpretación de Santa Eulalia. Avda de Extremadura, s/n.

Alcazaba Árabe. C/ Cava, s/n.

Visita exterior:

Xenodoquio. C/ San Lazaro, s/n.

Puente Romano. Paseo de Roma, s/n.

Sinagoga. Romero Leal, s/n.

Basilica de Casa Herrera.

Monumento dependientes del **Arzobispado Mérida-Badajoz**

En horario de culto:

Basilica de Santa Eulalia. Avda de Extremadura, s/n.

Concatedral de Santa María. Plaza de España, s/n.

Ntra. Sra. de la Antigua. Avda Juan Carlos I, nº 51.

Iglesia del Carmen. C/ Almendralejo, nº 35.

Visita exterior:

Hornito. Avda de Extremadura, s/n.

El Humilladero. Avda de Extremadura, s/n.

Ermita del Calvario. C/ Calvario, s/n.

Convento de las Concepcionistas. C/ Concepción, s/n.

Monumentos dependientes del **Ministerio de Educación, Cultura y Deporte** • Telf.: 924 31 16 90 • www.museonacionalarteromano.es

Museo Nacional de Arte Romano: C/ José Ramón Melida, s/n.

Iglesia de Santa Clara (Colección Visigoda): C/ Santa Julia, nº 3.

Monumentos dependientes del **Ayuntamiento de Mérida** Telfs.: 924 38 01 91 - 924 33 07 22 • www.merida.es

Obelisco de Santa Eulalia. Rambla Mártir Santa Eulalia, s/n.

Cementerio Municipal. Avda Vía de la Plata, s/n.

Otras Instituciones

Conventual Santiaguista (Presidencia Junta de Extremadura). Plaza de Rastro, s/n.

Hospital de San Juan de Dios (Asamblea de Extremadura). Plaza de San Juan de Dios, s/n.

Hospital de Jesús Nazareno (Parador de Turismo). Plaza de la Constitución, s/n.

Convento de Santo Domingo. Plaza de Santo Domingo, s/n. (Visita exterior).

Ermita Santa Lucía del Trampal (Alcuéscar) • Telf.: 927 185 531



Ayuntamiento
de Mérida



#merid:enamora